

LA GUERRA DE UNA GLORIA NACIONAL: JACINTO BENAVENTE

Juan A. Ríos Carratalá
Universidad de Alicante

El 1 de abril de 1939 es la fecha inaugural de la Victoria. Ese día, la edición madrileña de *ABC* apareció exultante e incluyó una nota que con el transcurso del tiempo se convertiría en insólita, aunque por entonces se ajustara a la lógica de quienes acababan de ganar la guerra:

Comunican de Valencia que, a la entrada triunfal de las tropas españolas en la ciudad del Turia, una de las primeras personas que estuvieron al lado del glorioso general Aranda, saludando brazo en alto el paso victorioso del Ejército liberador, fue el ilustre autor dramático don Jacinto Benavente, cuyo cerebro privilegiado ha permanecido, durante casi tres años, lamentablemente prisionero de los rojos.

Como amantes del teatro español y no pudiendo olvidar los servicios que antes del 18 de julio ha prestado a los ideales de la verdadera España, celebramos sinceramente su reincorporación a ésta.



La noticia de la “reincorporación” a la “verdadera España” era relevante por la novedad que suponía para unos lectores que, durante la guerra, habían contemplado la menuda figura de Jacinto Benavente junto a “los rojos”. Algunos le vieron como prisionero “obligado a comparecer noche tras noche en un escenario con el puño en alto” (*ABC*, de Sevilla, 23-II-1937), mientras que desde el otro bando se le homenajeaba, porque representaba “el arte, la cultura y el genio del pueblo español”, según la Federación de la Industria del Espectáculo (UGT) (*ABC*, 26-VI-1938). La CNT suscribió los mismos argumentos en su petición al ministro de Instrucción Pública para que promoviera un homenaje nacional.

Las celebridades se convirtieron en un objetivo preferente de los servicios de propaganda. Al ilustre comediógrafo también se le consideró asesinado en represalia por la muerte de Federico García Lorca (*ABC*, 20-IX-1936, *La Voz*, 28-IX-1936 y *Estampa*, 26-IX-1936), aunque su firma

constara en el alud de manifiestos a favor de la República durante aquellas semanas y su encarnación de Crispín reapareciera en el teatro Apolo de Valencia. El "interés" era recaudar fondos a favor de las víctimas infantiles de los bombardeos fascistas (*ABC*, 17-X-1936 y *Crónica*, 1-XI-1936). Sus palabras fueron las de un abuelo doliente y solidario. Más tarde, en junio de 1937, Jacinto Benavente llegaría a entrevistarse con Francisco Largo Caballero en Valencia para manifestarle su apoyo (*La Vanguardia*, 11-VI-1937), que lo hizo extensivo a Juan Negrín cuando le sustituyó al frente del gobierno. Su posterior petición de marcharse a Buenos Aires con una compañía propia fue desestimada, porque el líder socialista necesitaba contar con glorias nacionales al servicio de la República. En aquella representación en castellano y valenciano de algunos fragmentos de *Los intereses creados*, el laureado autor también leyó unas cuartillas para demostrar que en sus obras siempre fustigó a la gente pudiente y ensalzó al pueblo. Al final, el anciano capaz de reverdecer sus tiempos de cómico sentenció con su habitual estilo: "La guerra la ganará el pueblo, porque le asiste la Razón y la Justicia, y la Justicia es la Verdad, y la Verdad es la Victoria" (*ABC*, 25-X-1936). La edición sevillana del mismo periódico le califica como "el genio de los genios" (1-XII-1936), tal vez porque se identificara con unos espectadores sin palabras ante semejantes razonamientos. Unas semanas antes, los del otro bando no acertaron a precisar el sentido de la sentencia, pero quedaron entusiasmados al saber que contaban en Valencia con la solidaridad de un dramaturgo dispuesto a reverdecer los laureles como gloria nacional.

118

La sublevación de los militares sorprendió a Jacinto Benavente alojado en el hotel Colón de Barcelona, a donde había llegado el 17 de julio con destino a S'Agaró, la localidad costera elegida para veranear. El hotel de la plaza de Cataluña se convertiría pocas horas después en un campo de batalla, porque algunos sublevados se refugiaron en sus dependencias tras ser rechazados en el edificio de la Telefónica. Una vez sofocada la intentona en la ciudad condal y en plena vorágine revolucionaria, la elegante figura del dramaturgo resultaría sospechosa para los milicianos. Jacinto Benavente fue parco y olvidadizo a la hora de explicar aquel episodio, pero tendría suerte con sus captores porque en esta ocasión respetaron la legalidad republicana.

na. Tras pasar unas horas angustiosas en la Comisaría de Orden Público, en compañía de su secretario personal y en el departamento reservado para los periodistas (*La Vanguardia*, 2-VIII-1936), Jacinto Benavente envió al presidente de la Generalitat un donativo de mil pesetas para las víctimas de la sublevación. La voluntariedad del detalle resultaría dudosa a tenor de la trayectoria de quien había criticado el régimen republicano antes de la guerra, pero, junto con Irene López Heredia y Mariano Asquerino, el dramaturgo emprendió viaje por vía férrea con destino a Valencia (*ABC*, 1 y 2-VIII-1936). José Montero Alonso cita como acompañantes a una pareja de intérpretes menos famosa y sin las connotaciones políticas de la anterior: M^a Isabel Pallarés y Jesús Gabaldón (286).

La tranquilidad, aunque relativa, era el objetivo de Jacinto Benavente, mientras sabía del registro de su domicilio madrileño en la calle Atocha, donde negó que se hubiera encontrado "documentación derechista" (*ABC*, 26-IX-1936). En esta ocasión no incluyó críticas a la República por un robo de joyas, como ya sucediera en 1931 cuando se enfrentó a su anterior secretario, aunque en la intimidad lamentara las consecuencias del saqueo y las molestias causadas a su hermano (Pérez Verdú 84). Más adelante, en un festival a beneficio de las milicias celebrado en el teatro Apolo de Valencia, el dramaturgo puso de relieve su "gran tristeza" por "haber podido ser, siquiera por un momento, sospechoso de reaccionario para vosotros". Al contrario, "en la historia del teatro español [...] no ha habido autor más afecto que yo a las ideas socialistas y a las justas reivindicaciones del proletariado" (*La Vanguardia*, 28-X-1936). Pocos días después, Jacinto Benavente manifestó sentirse horrorizado por los bombardeos de Madrid: "En nombre de ninguna idea y por nada puede hacerse tanto daño. Esto sólo se explica en una guerra de conquista por extranjeros, pero nunca en una guerra civil. No hay palabras para condenar la obra destructiva de quienes de un modo implacable y feroz están haciendo objeto a Madrid del más inhumano de los martirios" (Collado 71). Por si acaso y para desmentir supuestos secuestros o presiones, Jacinto Benavente volvió a ser rotundo en sus declaraciones a un periodista francés: "Sobrevino la insurrección rebelde, atroz y criminal, desencadenando sobre este pueblo, al que tanto quiero, un huracán homicida, cuya violencia es mucho

mayor que las de todas las invasiones pasadas juntas. No he titubeado y desde los primeros días me puse al lado de las víctimas, contra los verdugos. Y a su lado estaré hasta el final" (*ABC*, 3-VI-1938).

Tal vez "el final" de su aparentemente firme opción tan sólo fuera el de la guerra, aunque Jacinto Benavente estuviera "seguro" de que "el fascismo es el hijo sangriento de la Inquisición. Se apodera del trabajo para explotarlo; del movimiento, para abortarlo; del heroísmo, para envilecerlo; de la gloria, para mancillarla; del pensamiento, para prostituirlo. Yo no puedo estar a su lado" (*La Vanguardia*, 4-VI-1938). Sus palabras no resultaron premonitorias y, nueve años después, escribió lo contrario con similar rotundidad.

El verano de 1936 fue pródigo en acusaciones y delaciones. La pareja de "elegantes actores" que acompañaba a Jacinto Benavente en el viaje a Valencia resultaba sospechosa por su probado "entusiasmo ante la elocuencia de Gil Robles". Antes de que el *ABC* republicano publicara que Irene López Heredia y Mariano Asquerino habían fundado en Buenos Aires el Sindicato de Actores Falangistas (13-VII-1938), un anónimo gacetillero del, por entonces, diario de izquierdas, le avisaba: "¡Ojo, don Jacinto!" (1-VIII-1936). El dramaturgo no dudó en seguir la recomendación de su antiguo periódico. A partir de entonces, leyó "muchos libros socialistas" (*La Voz*, 25-IX-1936) y la firma del "insigne autor" apareció en varios manifiestos a favor de la República. Sus declaraciones en la prensa también fueron inequívocas en este sentido y, durante el verano de 1938, el premio Nobel recibió en Madrid, Barcelona y Valencia un homenaje organizado por las autoridades republicanas. Jacinto Benavente aparece en las fotos satisfecho por tanto reconocimiento, que incluía el nombramiento como hijo adoptivo de Valencia y detalles de fervoroso entusiasmo. El dispensado por los ciudadanos de Mahón fue un ejemplo: "Consistió en una emisión por radio en la que se leyó la comedia *La propia estimación*. Ante los altavoces situados en las calles y plazas se congregaron miles de personas, que ovacionaron y vitorearon a Jacinto Benavente" (*ABC*, 19-VII-1938).

La prensa también era un campo de batalla. Cabe dudar de la exactitud de la información en unos tiempos tan dados a la propaganda, pero aquella gloria nacional

reviviría por entonces éxitos apenas recordados y confirmaría mediante una nota el desmentido de su secuestro en la España republicana: "En la imposibilidad de contestar a cuantas corporaciones y personas se han interesado por mi, agradezco a todos su interés, y doy fe de que me hallo en perfecto estado de salud y de que por nadie he sido molestado y, al contrario, en todas partes han tenido para mí las mayores atenciones" (*ABC*, 20-X-1936). Los secuestros, las vejaciones, las manipulaciones, la tortura de salir todos los días al escenario puño en alto... Otros medios del bando sublevado le daban por asesinado: "Se confirma la muerte del glorioso dramaturgo, don Jacinto Benavente. El gobierno de Largo Caballero da una versión caprichosa de cómo ocurrió su muerte" (*Labor*, 21-IX-1936). Este periódico de Soria nunca reconoció la falsedad de la noticia divulgada por unos incipientes e inexpertos servicios de propaganda y, más adelante, acusó al fallecido de traición por falta de vocación como héroe, una vez resucitado (19-V-1937). La "versión caprichosa" del gobierno republicano consistía en un tiroteo callejero, con una bala perdida que habría acabado con don Jacinto. Un final impropio de quien siempre relegó la acción dramática a favor del discurso, es decir, "un teatro meramente oral" (Pérez de Ayala 154).

121

La realidad del cálculo y el acomodo excluía los episodios espectaculares. La gloria nacional de los escenarios vivió días menos ajetreados "en aquella Valencia" retratada por Esteban Salazar Chapela y denostada por José Luis Salado, cuando describía "el Levante feliz" en sus tiros al dardo publicados en *La Voz*. Jacinto Benavente disfrutó de un oasis de sol y paellas en compañía de Miguel de Molina y Amalia de Isaura, al tiempo que mantenía su promiscua relación con los representantes del poder. La seguridad y el reconocimiento recompensaban la incomodidad de algunas situaciones. Tanta que, años después, José Montero Alonso las oculta y presenta al comediógrafo recluido por entonces en el domicilio de una familia ejemplar y anónima.

Jacinto Benavente relativizó a menudo el valor de la firmeza y nunca mostró pudor a la hora de contradecirse, como individuo y en sus discursivas obras teatrales. El supuesto escepticismo también puede ser el resultado de un pensamiento difuso y vacío. El dramaturgo se había

alineado en público junto a la República tras el inicio de las hostilidades y, sobre todo, se había dejado querer como gloria nacional. El recuperado protagonismo endulzaba viejas amarguras y críticas a un régimen rechazado por quien añoraba la dictadura de Primo de Rivera, al tiempo que propugnaba un pacto entre la monarquía y el socialismo. Los brindis al sol eran un privilegio de los sabios. Jacinto Benavente ostentaba, además, la presidencia honoraria de la Sociedad de Autores Españoles (agosto, 1938), en ausencia de un Eduardo Marquina que montó otra sociedad en el bando franquista, y participaba en las reuniones del Consejo Nacional de Teatro por nombramiento del Ministro de Instrucción Pública, el comunista Jesús Hernández. Sus opiniones eran respetadas y aconsejó flexibilidad a las autoridades para evitar que se tachara de facciosos a autores como Carlos Arniches. Las "menudencias" no debían obstaculizar la tarea común de la República (*Avance*, 30-XI-1938).

122

Jacinto Benavente llevó a cabo una sorprendente actuación cuando otros colegas conservadores, en parecidas circunstancias, optaron por la discreción del silencio (Carlos Arniches, los hermanos Álvarez Quintero...). Incluso, convencido de su firmeza, el premio Nobel desplegó un arsenal retórico para acusar de traidores, cobardes, ingratos y prófugos a los intérpretes y comediógrafos que, refugiados en Buenos Aires, atacaban a la República (Collado 241). Ni siquiera el periodista José Luis Salado habría sido más duro con aquellos ahuecaos (Ríos Carratalá, *Hojas volanderas*). El balance de actuaciones y escritos de Jacinto Benavente sorprende por su abundancia y firmeza. Las fotos, las noticias, las firmas, los documentos... eran de dominio público. Así como la reposición en mayo de 1937 de *Santa Rusia* (Beatriz, 6-X-1932), que finalizaba con Lenin rodeado de niños envueltos en una bandera roja y cantando La Internacional:

Estos me entenderán mejor. Yo me haré entender de ellos. Aquí ha de prender la simiente de la Humanidad futura. Hasta ese día... un solo pensamiento, una sola idea... ¡Alzad vuestra bandera, es la que ha de llevarnos al triunfo! (*Los niños se extienden y levantan la bandera roja, donde dice con grandes letras: ¡Proletarios del mundo, uníos! Todos repiten la frase; se abrazan, se besan y empiezan a cantar La Internacional*) (Benavente 5: 938).

Santa Rusia era la primera entrega de una inconclusa trilogía fruto del viaje de Jacinto Benavente a la URSS en 1929. El drama, ambientado en el Londres de 1903 y con los exiliados rusos como protagonistas, dista mucho de ser un alegato a favor de la revolución (González del Valle: 205). Sin embargo, la presencia de Vladimir Ilitch en el escenario junto con niños envueltos en la bandera roja y cantando La Internacional quedaría asociada al teatro republicano, aunque fuera de la mano de un Enrique Rambal siempre dispuesto a subrayar lo espectacular y popular. Los espectadores del Teatro Principal de Valencia apenas atenderían las razones de periodistas como el comunista Eusebio Cimorra, que denunció el carácter reaccionario y frívolo de la obra, así como la "indigencia política" de Jacinto Benavente (*Frente Rojo*, 2-VIII-1937). Durante la guerra, en Madrid también se representó *Pepa Doncel* (febrero, 1938) o *Los malhechores del bien* (julio, 1938). Ambos títulos son ejemplos de un Jacinto Benavente cuya ambigüedad permitía un rescate desde ideologías contrapuestas. Incluso es posible que, al entrar las tropas de Franco en Madrid, los soldados contemplaran los carteles de las representaciones de *Los intereses creados* en el teatro de la Comedia (marzo, 1939). Las argucias de Crispin suponían un elemento de distinción en una cartelera que incluía revistas (*La flauta de Bartolo*, de Enrique Povedano) y sainetes de circunstancias (*Los ahuecaos*, de Rafael Sepúlveda y Enrique Paradás). Esta continuidad de Jacinto Benavente en los escenarios de la República era incompatible con su supuesta condición de prisionero, que recibía homenajes y parabienes de las autoridades. Su gloria reverdecía tras un lento declinar durante los años republicanos.

123

La situación resultaría comprometida para quien preservó su libertad, pero nunca pretendió distanciarse del poder político, con independencia de su orientación. La voluntad de permanecer como gloria nacional suponía un riesgo cuando llegaban los cambios bruscos y violentos, con represalias incluidas. Sin embargo, el 29 de marzo de 1939, el antiguo colaborador de ABC hizo valer su condición de actor para reincorporarse a la "verdadera España" de manera espectacular. Su figura apareció en el balcón del Ayuntamiento de Valencia, convertido en el escenario de una representación ante un público enfervorizado. *El Avisador Numantino* comunica a sus lectores que ese día, a las

once treinta de la mañana, “hizo acto de presencia en el balcón principal del Ayuntamiento el literato Jacinto Benavente, que se cuadró ante el general Aranda brazo en alto. La escena fue emocionante. El general le abrazó y le felicitó por su incorporación a la España Nacional” (1-IV-1939). Así de sencillo, sin mediar recelos, procesos de depuración o una cuarentena para aislar el contagio de haber “permanecido, durante casi tres años, lamentablemente prisionero de los rojos”. Su caso supondría una excepción, pero aquellos tiempos de la Victoria no eran propicios para las explicaciones o las justificaciones. La prensa destilaba pura propaganda.

La militancia y la predisposición favorable perfilan hasta el absurdo algunos comportamientos que, vistos desde la distancia, resultan inverosímiles. José Montero Alonso, hagiógrafo de Jacinto Benavente, reproduce un artículo del locutor Eduardo Conde (*El Español*, 4-V-1946) y añade a la escena del balcón unos detalles que con el tiempo han perjudicado la imagen del dramaturgo:

124

En cuanto se encontró con el caqui del uniforme y la faja roja del general Aranda, se abalanzó sobre él y le dio un abrazo al mismo tiempo que decía con voz trémula, velada por la emoción: “¡Ya sabe usted, mi general! ¡Me obligaron! ¡Me obligaron!...” Y asomándose don Jacinto con el general al balcón y dando saltitos de júbilo como un chiquillo, poniéndose de puntillas como para alzar más la voz y ver mejor la luz, gritaba, mientras sonreía y lloraba: ¡Viva España! ¡Viva España! (295).

Jacinto Benavente estaba acostumbrado a relacionarse con las autoridades. Su trayectoria de gloria nacional, capaz de volver a casa entre clamores y a hombros del pueblo tras un estreno, evidencia voluntad y habilidad para desenvolverse durante décadas con un poder cambiante, aunque siempre favorable a sus intereses. Los desencuentros no superaron la intensidad del alfilerazo. La improvisación resulta peligrosa en las esferas del poder y, cuando la guerra estaba a punto de terminar, el dramaturgo sabría que las normas de los vencedores incluían, aparte del patriótico, vivas con apellido bisilábico. El “júbilo” de don Jacinto sería propio de un “chiquillo”, pero el cálculo de aquella representación en el balcón se basaba en la experiencia de un anciano. José Montero Alonso evita la con-

creción, olvida los antecedentes y redondea así una escena que, gracias a la ficción, parece espontánea. El biógrafo tampoco recuerda unas declaraciones del protagonista a *La Vanguardia* en noviembre de 1936: "No he tenido miedo a lo que pudieran hacerme los rojos. En cambio, sí he tenido y tengo miedo a lo que pudieran hacerme los fascistas" (Mainer 136). En marzo de 1939, tras un contagio sin medidas preventivas, ese temor debió convertirse en pánico, aunque los vencedores también necesitaran de glorias nacionales.

La Historia suele ser compleja cuando prescinde de la ficción. Unos pocos días antes de la escena del balcón, el dramaturgo había intentado huir de Valencia en uno de los barcos que salieron camino del exilio. El caos de aquellos días frustró la tentativa, que contaba con el apoyo de las autoridades republicanas. El dato lo revelan distintos testimonios publicados semanas después en *España Democrática* (Montevideo), pero sería obviado en una biografía que presenta la citada escena del perdón como espontánea. Y hasta absurda, pues se ignoran por inconvenientes los pecados que la justificarían. La lógica de una época de recelo y temor indica que Jacinto Benavente no se habría arriesgado a protagonizarla sin saber de la reacción del general Aranda, gustoso de mostrar en público el arrepentimiento de quien durante la guerra había figurado, allí mismo, como gloria nacional de los republicanos. La representación tendría un trasfondo de angustia para Jacinto Benavente, temeroso ante la pirueta más espectacular en su trayectoria de "hombre péndulo", como le definiera M^a Teresa León tras compartir reuniones en el Consejo Nacional del Teatro (*España Democrática*, 5-VI-1940).

La imagen del balcón del Ayuntamiento de Valencia es conocida; incluso ha sido comentada como ejemplo de la traición y la ingratitud desde fechas tempranas (*La Solidarité*, de Montpellier, 3-IV-1939, *España Democrática*, 19-V-1939 y *España Popular*, 5-VII-1940). La teatralidad de "hombre péndulo" resume un comportamiento de Jacinto Benavente digno del olvido o el disimulo para sus hagiógrafos y penoso para el resto. Sin embargo, el juicio moral se realiza en ambos casos sin apenas argumentos y el trasfondo de la conversión constituye una interrogante, cuyas paradojas empiezan a revelarse cuando Jacinto Benavente regresa a Madrid. El dramaturgo volvió a su domicilio de

la calle Atocha casi cuarenta días después, tras superar momentos difíciles que nunca aclaró y sin la espectacularidad del abrazo al general Aranda. Su periódico de toda la vida lo confirma mediante un suelto de sorprendente frialdad e involuntaria ambigüedad: "Procedente de Valencia, donde fue liberado, llegó anoche a Madrid, acompañado del recitador José González Marín, el insigne dramaturgo Don Jacinto Benavente. Marchó directamente a su domicilio, retirándose seguidamente a descansar" (ABC, 9-V-1939). Se presupone que la liberación tuvo lugar el 29 de marzo, pero la literalidad de la nota también permite pensar en otra posterior con diferentes protagonistas. El papel del rapsoda de camisa azul y caracolillos en la frente que divulgaba por entonces la poesía del Imperio, tras coquetear con los republicanos antes de la guerra y protagonizar episodios oscuros en Málaga y Costa Rica, sería determinante. Aparte de llevarle a Madrid en su propio coche, la relación de José González Marín con Jacinto Benavente suponía un aval ante los vencedores. El recuerdo de lo ocurrido en la Valencia republicana se contraponía con episodios como el protagonizado por ambos homosexuales en Málaga (febrero de 1935), con motivo del homenaje a un rapsoda de trayectoria sinuosa que fue retratado por el periodista José Luis Salado para ejemplificar "el flamenquismo" (Ríos Carratalá, *Hojas volanderas*).

126

El citado texto de ABC en el día de la Victoria prueba la falsedad de un error común, que se ha reiterado sin acudir a las hemerotecas: la desaparición durante la posguerra del nombre y apellido del dramaturgo en los periódicos, como penitencia por su adhesión a los republicanos (Trapiello, 2010). Jacinto Benavente no era sólo "el autor de *La Malquerida*" por aquel entonces. Una consulta en el buscador de las colecciones digitales prueba la falsedad de este supuesto castigo, aunque algunos periodistas evitaran nombrar a un dramaturgo que, por esas fechas, también era objeto de burlas y comentarios hirientes en los saloncillos de los teatros y las redacciones. La virilidad de la Victoria crearía tensión en torno a quien reapareció en Madrid junto a Miguel Molina y José González Marín. Le suponemos temeroso e inseguro, pero esa imagen también era un reencuentro con el mundillo de los escenarios anterior a la guerra. Pronto se sumarían compañías más acordes con los tiempos: "las jerarquías de las letras, del arte y del perio-

dismo" (Córdoba 35), que durante la posguerra acudían a los estrenos de Jacinto Benavente una vez superados los recelos iniciales.

Los procesos de depuración incoados por el franquismo se sufrían en silencio por parte de los afectados, aunque fueran proclives a exteriorizar sus experiencias. El ejemplo de Edgar Neville clarifica esta circunstancia (Ríos Carratalá, *Una simpatía arrolladora*). La táctica de los vencedores, con el aval de ideólogos como José María Pemán, no se debía extrapolar al caso de una gloria nacional dispuesta al arrepentimiento y la palinodia, gracias a un caudal retórico de probada eficacia a la hora de difuminar los conceptos. La oficialización del proceso resultaba innecesaria e incluso perjudicial por la indiscreción de los documentos, siempre convertidos en huellas que convenía evitar cuando una indicación verbal podía cumplir el mismo papel. No obstante, el suelto de *ABC* acerca de la vuelta de Jacinto Benavente a Madrid y la ausencia de noticias en las semanas siguientes indica que el dramaturgo estaba pendiente de una reincorporación. Su concreción debía ser pausada y prudente, con gestos inequívocos cuya intensidad era fruto de un cálculo negociador. El abrazo del general Aranda supuso el primer paso de un proceso que requeriría otras muestras de identificación con los vencedores. La condición de premio Nobel y gloria nacional blindaba a Jacinto Benavente frente a una depuración como la sufrida por miles de contemporáneos. Tampoco era preciso cargar las tintas cuando se podía obtener un mayor beneficio por otros medios. El error del asesinato de Federico García Lorca no se debía repetir y, además, los vencedores contaban con la colaboración de un Jacinto Benavente dispuesto a prodigar los gestos de adhesión. La decisión era obvia: convenía mantener las distancias y la frialdad hasta que se evidenciara un giro radical en la trayectoria del dramaturgo.

El estreno de *Aves y pájaros* (Lara, 30-X-1940) ha sido considerado un ejemplo de esa rectificación; o purificación, de acuerdo con la terminología del Autor -interpretado por el propio dramaturgo- en el Cuadro I: "Como ha sido preciso volver a consagrar los templos profanados, así quisiera yo purificar mi espíritu antes de volver a escribir; purificarlo en la serenidad de la contemplación, limpiarlo de odios, de rencores, de toda miseria" (Benavente 8: 82).

Hasta esa fecha, Jacinto Benavente sólo se había presentado en público con motivo de homenajes de escaso relieve, como el dado al actor Pepe Moncayo por su jubilación (*ABC*, 16-XII-1939), y en compañía de amigos como Miguel de Molina y el dramaturgo Felipe Sassone, que ejercía por entonces de martillo de herejes en las terceras del diario conservador. Un título anterior de Jacinto Benavente, *Campo de armiño*, había pasado desapercibido en los escenarios durante el mes de marzo y la prensa apenas le prestó atención. La suerte empezó a cambiar con *Lo increíble*. Miguel Ródenas elogió el estreno (*ABC*, 26-X-1940), indicando que el autor "saludó desde el proscenio innumerables veces al final de todos los actos".

128

La trayectoria de Jacinto Benavente empezaba a recuperar la normalidad de estrenos y reconocimientos alterada por la guerra, incluso la revivió con sorprendente frecuencia una vez acalladas las voces que propugnaban la renovación teatral. Ramón Pérez de Ayala permanecía en el exilio mientras preparaba su palinodia, pero todavía era pronto para sentirse seguro entre los vencedores. Aunque anciano y consciente de que su tiempo teatral había pasado, como escribiera a las autoridades republicanas para justificar su negativa a entregar nuevas obras, la necesidad de congraciarse con el franquismo y mantener la condición de gloria nacional le llevó a recuperar un asombroso ritmo de estrenos. Entre ellos destaca el de *Aves y pájaros*, una fábula ornitológica o "comedia aristofanesca" que no convencería a los sectores más dogmáticos del régimen por su vaguedad -"En lo político, D. Jacinto nos revela un desconocimiento completo del sentido de nuestro Movimiento", Antonio de Obregón, *Arriba*, 31-X-1940- y a otros críticos por su excesivo apego a un pasado inmediato: "Lo que sucede en el país de las aves es tan idéntico a lo que ha ocurrido en España que el ingenio del autor tiene que ceñirse demasiado a lo real" (Jorge de la Cueva, *Ya*, 31-X-1940). La consecuencia es que las aves del escenario no vuelan y "tampoco pueden volar el pensamiento y el espíritu del espectador".

La crítica se muestra distante, pero en aquellas representaciones con participación del dramaturgo apenas importaba la calidad de la comedia. La palinodia del prólogo fue "interrumpida constantemente por las frenéticas ovaciones del público" (*Madrid*, 31-X-1940), que premiaba

así a un Jacinto Benavente dispuesto a explicitar en el escenario la rectificación de su imagen pública durante la guerra. El Autor fustiga el Frente Pajarero de los buitres, los cuervos y las urracas y, confiado en la acción salvadora de las águilas, se declara a lo largo de la comedia partidario de “un Gobierno conforme con la verdad, con las leyes inmutables de la Naturaleza” y dirigido por “la aristocracia de la inteligencia, que es la más alta y la más legítima” (Benavente 8: 86). La opción es tan pomposa y antidemocrática como vacía de contenido político en un momento de definición. *Aves y pájaros* carece de perfiles nítidos al igual que *La ciudad alegre y confiada* (1916), que fue interpretada como un manifiesto germanófilo. La sátira de tan escaso vuelo se centra en el egoísmo, el odio, la incomprensión, la frivolidad, la indiferencia, el falso intelectualismo... del Frente Pajarero, que los gorriones o los espectadores asociarían al pasado inmediato sin necesidad de realizar una lectura política. Sin embargo, la presión de las circunstancias era intensa y la fábula moral desde entonces sería entendida como una demostración de la adhesión de Jacinto Benavente a quienes, durante la guerra, había rechazado en múltiples ocasiones. Por si hubiera alguna duda, “al final, el autor requerido por los aplausos de sus entusiastas dio las gracias, levantó el brazo y gritó ¡Arriba España!” (*Informaciones*, 31-X-1940). Una vez más, las intervenciones públicas de Jacinto Benavente dieron concreción a unas obras que navegan entre la ambigüedad y el discurso moral. Mariano Asquerino e Irene López Heredia, los intérpretes que le acompañaron a Valencia en agosto de 1936, fueron las estrellas de aquel reencuentro del público con un autor purificado. La citada pareja olvidaría el artículo donde el autor les tildaba de traidorzuelos, ingratos y cobardes por sus actividades en Argentina contra la República.

129

Al margen de las comedias que fue estrenando durante la posguerra con una fecundidad propia de otras etapas y una recepción crítica plagada de elogios lexicalizados (“genial dramaturgo”, “maestro insuperable”, “figura impar”), el anciano autor buscó un hueco entre los vencedores. Alcanzó el objetivo mediante apariciones tímidas, pero seleccionadas con el deseo de normalizar su presencia en el mundillo cultural. Andrés Trapiello señala que Jacinto Benavente soportó “durante los primeros años que ridi-

culizaran sus maneras y porte femeniles, pero su gracejo, su talento social y su lengua vivaz le llevaron de nuevo al centro de la actualidad, los teatros y los salones, como si nada hubiera pasado" (421). Estos recursos le serían útiles para restablecer relaciones con "las jerarquías". Sin embargo, Jacinto Benavente calcularía mejor que nunca la respuesta gradual de sus interlocutores en un tiempo de recelo y desconfianza.

La actualidad de la posguerra le brindaba oportunidades. El "eximio escritor" leyó unas cuartillas en un acto a favor de los damnificados por el incendio de Santander, que conmocionó al país por su gravedad (*ABC*, 5-III-1941). En noviembre del mismo año, la Asociación de la Prensa organizó una función en el teatro de la Zarzuela "a beneficio del aguinaldo de los soldados de la División Azul". La obra seleccionada fue *Y amargaba*, de un Jacinto Benavente que, según la reseña de Miguel Ródenas, "dilapida en bellas imágenes el aticismo de su ingenio peregrino" (*ABC*, 20-XI-1941). La recaudación de la función benéfica ascendió a 60.285 pesetas y, al final, el autor "se dirigió a los espectadores para decirles que los aplausos los enviaba a los gloriosos voluntarios que rememoran en las tierras de Rusia las gestas de nuestros antepasados" (*ABC*, 18-XI-1941).

130

Pocos días después, Jacinto Benavente imparte una conferencia sobre Edipo, Hamlet y Segismundo en el Instituto del Teatro, de Barcelona (*ABC*, 22-XI-1941). A la misma asistió el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, probablemente más interesado por la personalidad del dramaturgo como gloria nacional que por las peripecias de los tres personajes. Las conferencias eran una excelente vía para recuperar presencia pública y, en mayo de 1942, Jacinto Benavente aprovecha la comparecencia del ministro de Obras Públicas, Alfonso Peña, en uno de estos actos para reivindicar el papel de su teatro en el marco de la Victoria. Aparte de un elogio a Menéndez Pelayo como guardián de las esencias, el dramaturgo considera que toda su creación "es cristiana, aunque no se me oculta que hay ortodoxos exagerados o falsos que la critican". Ante las dudas, Jacinto Benavente se muestra tajante: "Yo desafío a que en mis obras se halle algún ataque a la religión". Su apuesta por la ortodoxia se completa con una crítica habitual en tiempos de la autarquía: "Si tuviéramos que exami-

nar a los extranjeros tendríamos que suspender a todos en historia de España, pero todos obtendrían sobresaliente en la leyenda negra, de la que también hemos sido culpables los españoles por anteponer nuestras ideas de partido a la Patria". El enemigo interior recibió igualmente su merecido durante la conferencia y Jacinto Benavente se centró en la Institución Libre de Enseñanza: "A mí nunca me perdonó que el premio Nobel se me concediera sin su permiso". Tras semejante revelación, el dramaturgo utilizó una retórica acorde con los tiempos para finalizar su conferencia: "España, cuando el vendaval rojo amenazaba con destrucción y ruina total supo resurgir para ser la precursora en la cruzada contra el bolcheviquismo. Así como a las noches materiales hemos podido vencer, también podremos iluminar las tinieblas de nuestra alma con nuestra luz espiritual" (ABC, 19-V-1942).

Este providencialismo capaz de desmentir anteriores escepticismos provocó reconocimientos espontáneos de los españoles, como el ocurrido en Zaragoza: "Se ha tributado un caluroso homenaje de admiración a don Jacinto Benavente, que ha permanecido aquí dos días. Se dio el caso de que en algunos cafés el público, al penetrar don Jacinto Benavente, se ponía de pie para aplaudirle y aclamarle" (ABC, 27-VI-1942). El apoyo popular se correspondía con el dispensado por amigos como Felipe Sassone, que le consideraba "el primero de los autores dramáticos contemporáneos" (ABC, 11-VI-1942) y acabaría extendiéndose a críticos tan influyentes como Alfredo Marquerie, que le dedica una página completa con motivo del cincuentenario de su primer estreno. En la misma, comparte la opinión de Felipe Sassone y concluye así:

131

La gracia verbal y el juego sutil de las ideas; la observación profunda de los hombres y de los hechos, la palpación de la vida y la dimensión imaginaria de la poesía y de la fantasía siguen siendo los firmes pilares de esa inmensa obra benaventiana que, desde sus comienzos, señaló un nuevo rumbo a nuestra escena, salvándola de la agonía posromántica e inaugurando para ella derroteros de difícil sencillez y de elocuente verdad (ABC, 15-X-1944).

El reconocimiento de la crítica y el público era el preámbulo de la concesión de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio

a Jacinto Benavente (BOE, 19-X-1944). Azorín le equiparó al día siguiente con Lope de Vega (ABC, 20-X-1944) y pocas horas después se celebró un homenaje en el Ministerio de Educación Nacional, con la presencia de "varios ministros, autoridades, jerarquías y otras altas personalidades del mundo escénico, la literatura y el periodismo" (ABC, 24-X-1944). El acto fue presidido por el ministro Ibáñez Martín y "la primera figura de nuestro teatro contemporáneo" afirmó que, aunque se le hubiera tachado de revolucionario de los escenarios, la acusación era falsa, "porque siempre se limitó a hacer un teatro que sentía". Jacinto Benavente se declaró admirador de José Echegaray para desmentir cualquier actitud iconoclasta de su pasado y también se defendió de la acusación de extranjerizante. "No es cierta -según la reseña- porque si bien en algunas de sus obras aparece un determinado extranjerismo, él se limitó a copiar una época y una sociedad que vivían de esa forma" (ABC, 25-X-1944). José María Pemán cierra el círculo de homenajes con una tercera en el mismo diario donde concluye con una frase lapidaria: "Y tú eres acreedor de toda la Verdad, por tu fidelidad a todo el Amor y toda la Belleza" (31-X-1944). El sentido de la conclusión constituye un enigma, pero nadie dudaría de que semejante acreedor debiera ser una gloria nacional.

132

Por aquellas fechas, la editorial Aguilar publicó los siete volúmenes de las *Obras completas* de Jacinto Benavente, que años después se reeditarían ampliadas. El anuncio aparece con gran despliegue en las páginas de ABC, donde el autor ya era un reclamo para empresas como la jerezana Domecq, que realiza una campaña publicitaria con la imagen del dramaturgo y su rúbrica: "La marca Domecq es sinónimo de inmejorable". Jacinto Benavente volvía a estar en candelero. La desafección crítica de los sectores renovadores, que se iniciara a raíz de la polémica entre germanófilos y aliadófilos, parecía superada. Su prestigio como dramaturgo era tan indiscutible en el diario monárquico como la valía del niño Arturito Pomar en el ajedrez y ABC, mientras reseña sus nuevas comedias como obras maestras antes de que fueran olvidadas, dedica una página ilustrada a informar de la humildad de este gran hombre. La prueba fue la adquisición de "un cartucho de castañas y cacahuetes": "La máquina del fotógrafo sorprendió hace días al glorioso autor de *La Malquerida* comprando un

puñado de cacahuets en un puesto de la calle de la Victoria. Benavente se siente feliz, despojado de su personalidad insigne, que es para él como una férrea armadura, y la trueca por la personalidad humilde del hombre de la calle, libre del agobio y exigencias que acarrea la celebridad" (*ABC*, 7-V-1944). El texto de Julio Romano concluye así: "Este acto sencillo y humilde, de comprar Benavente un puñado de cacahuets, adquiere gran relieve por la categoría del comprador, pues la grandeza del hombre se pega a los objetos que toca". La incongruencia entre la foto y la fecha del ejemplar indica que la cámara, lejos de sorprender al dramaturgo, estaba dispuesta para ilustrar un reportaje al que se buscaría una oportuna ocasión de ser publicado. Y, por otra parte, la verdadera tentación de Jacinto Benavente eran los bartolillos y una variada gama de dulces, pero presentarle en su habitual pastelería restaba carácter popular a la imagen.

La lógica indica que un autor tan querido por la dirección de *ABC* debiera volver a figurar en la nómina de sus colaboradores. Estas decisiones se tomaban con tacto y alguna voz del poder haría saber a la empresa que todavía era pronto. Jacinto Benavente estrenaba con normalidad desde 1940, su figura era reconocida por la autoridad en actos públicos, pero faltaría completar la lista de méritos para olvidar la estancia en Valencia durante la guerra. Esta carencia sería una de las razones que llevaron al anciano dramaturgo a emprender una gira, junto a Lola Membri-
ves, por varios países americanos. En julio de 1945, Jacinto Benavente embarca en Barcelona con destino a Argentina, Uruguay y Chile. A su llegada recibe agasajos y homenajes, pero también las críticas de "una minoría de autores extremistas" (*ABC*, 12-X-1945). Tal vez por esa circunstancia se situara en un imaginario centro cuando ingresó en la Academia Argentina de las Letras: "Ni derechas ni izquierdas, en el centro siempre, y el centro es para mí España. De donde venga, de donde proceda lo mejor para España, allí estaré yo siempre en cuerpo y alma" (Montero Alonso 305). Los medios del exilio republicano le rechazaron porque recordaban su traición, que fue corroborada con ataques en *La Nación*, de Buenos Aires. Jacinto Benavente recurrió a la fe del converso. Se mostró duro ("En el gobierno rojo no fracasaron las ideas; fracasó la decencia") y, a su vuelta, convertiría el exilio en un objetivo de sus críticas.

Esta prueba de fidelidad a los vencedores despejaría cualquier duda acerca de un rescoldo liberal y, tras el regreso del dramaturgo, la autoridad competente haría llegar de manera discreta a la empresa que Jacinto Benavente podía reanudar sus colaboraciones. La situación se repetiría en *La Vanguardia*.

El reencuentro con sus lectores se fecha el 18 de noviembre de 1947. "La lección del comediante" clarifica cualquier incertidumbre sobre la tibieza de Jacinto Benavente ante el presente: "Esperemos, antes de que sea tarde y con daño, que los gobiernos y los pueblos vayan despertando de su liberal y democrático adormecimiento y pierdan el miedo a ser tildados de reaccionarios o de fascistas". El comediógrafo amplía sus críticas al socialismo, el laborismo y "el apollado liberalismo" por su connivencia con el comunismo y considera que las democracias no entrarán en razón hasta que "al oírse llamar fascistas, no se adelanten a la batería para decir: '¡Fascistas! ¿Y qué?'" (ABC, 18-XI-1947). Al parecer, entre las democracias también incluía al franquismo, por su ejemplo en la lucha contra el comunismo.

134

Diez días después, Jacinto Benavente publica el artículo "Al dictado" para pedir a las autoridades francesas el indulto del mariscal Petain, "el glorioso anciano de limpia historia, de acendrado y doloroso patriotismo". Su nueva prueba de espíritu germanófilo recibe el premio Mariano de Cavia. A partir de entonces, el dramaturgo combina las notas de melancolía propias de la edad con ataques en nombre de "la cruzada milagrosa", que atribuía a "un providencial designio" (ABC, 18-VII-1948). La fecha de este último artículo no es casual y responde a su reiterada voluntad de recordar para no perdonar: "¡Malditos los que hayan olvidado!" (*La Vanguardia*, 25-I-1948). Jacinto Benavente ya había advertido de los peligros de la generosidad y los indultos prematuros: "Son contados los casos de verdadero arrepentimiento y enmienda. El que nace rojo lo es para toda la vida, y no hay que fiarse de aparentes demostraciones de lo contrario" (*La Vanguardia*, 19-II-1948). Unos meses más tarde, el articulista insiste en el mismo sentido: "El que nace rojo, lo es toda su vida, y aunque, por las circunstancias, procure encubrirlo y disimularlo, más tarde o más temprano aparecerá su natural condición". La conclusión es "dolorosa", pero "necesaria" desde la perspectiva de Jacinto Benavente: "Hay que perpetuar los odios, hay

que ahondar divisiones y marcar distancias. Hay que conmemorar estas fechas memorables del Movimiento, aunque les moleste a los rojos y lo lamenten los grises" (*La Vanguardia*, 1-VIII-1948). Nada se dice en el artículo acerca de quienes cambiaron de color porque la memoria del autor selecciona lo conveniente. Julio Mathias le considera despreocupado de la política y afirma que si Jacinto Benavente "alguna vez exteriorizó algún pensamiento político, no fue con ánimo de partido, que le traía sin cuidado, sino como idea de su temperamento liberal" (31). La ambigüedad de tantos dramas de alambicada retórica se convierte en un grito estentóreo, molesto incluso, en estos artículos del arrepentido, cuyo "temperamento liberal" quedaría oculto en aras de los intereses creados. Pío Baroja manifestó que "Para [cultivar] el teatro hay que tener mucha afición, que es lo que tenía Benavente" (Córdoba 116). La tuvo como gloria nacional, hasta su entierro amortajado con hábito de franciscano. La voluntad póstuma la dejó por escrito, porque nunca improvisó sus interpretaciones.

OBRAS CITADAS

- AZNAR SOLER, Manuel, Josep Lluís Barona y Francisco Javier Navarro Navarro, eds. *València, capital cultural de la República (1936-1937). Antología de textos i documents*. València: Generalitat Valenciana, 1986.
- BENAVENTE, Jacinto. *Obras completas*. 11 vols. Madrid: Aguilar, 1940-58.
- BLASCO, Ricard. *El teatre al País Valencià durant la guerra civil (1936-1939)*. 2 vols. Barcelona: Curial, 1986.
- COLLADO, Fernando. *El teatro bajo las bombas en la guerra civil*. Madrid: Kaydeda, 1989.
- CÓRDOBA, Salvador. *Benavente desde que le conocí*. Madrid: Prensa Gráfica, 1954.
- GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis T. "Ideología política en varias obras de Jacinto Benavente". *Boletín de la Fundación García Lorca* 10.19-20 (1996): 187-212.
- HORNO LIRIA, Luis. "Ideas y personajes en el teatro benaventino". *Nuestro Tiempo* 7 (1955): 30-44.
- MAINER, José-Carlos. "Consideraciones sobre Benavente, los intelectuales y la política". *Literatura y pequeña burguesía en España*. Madrid: Edicusa, 1972. 121-39.
- MATHIAS, Julio. *Benavente*. Madrid: 1969, Epesa.
- MONTERO ALONSO, José. *Jacinto Benavente. Su vida y su teatro*. Madrid: Rivadeneyra, 1967.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón. *Las máscaras: Galdós, Benavente, Linares Rivas, Villaespesa, Morano*. Vol. 1. Madrid: Saturnino Calleja, 1919.
- PÉREZ VERDÚ, Francisco. *Cuando Valencia fue capital de España*. Valencia: Generalitat Valenciana, 1993.
- RÍOS CARRATALÁ, Juan A. *Una simpatía arrolladora: Edgar Neville*. Barcelona: Ariel, 2007.
- . *Hojas volanderas. Periodistas y escritores en tiempos de República*. Sevilla: Renacimiento-U de Alicante, 2011.
- TRAPIELLO, Andrés. *Las armas y las letras*. Barcelona: Destino, 2010.

NOTAS

¹ La firma de Jacinto Benavente encabezó, junto con la de Antonio Machado, la mayoría de los manifiestos publicados en Valencia durante el período que fue capital de la República. Véase Aznar Soler 198-200, 249-50, 263-65, 266-67. Asimismo, formó parte del patronato de la Casa de Cultura del Ministerio de Instrucción Pública (277-86) y se sumó a iniciativas editoriales de los republicanos (306-07). Véanse otros manifiestos firmados por Jacinto Benavente en Collado. Sin embargo, “no era difícil adivinar su falta de fervorosa adhesión a la República” (Pérez Verdú 82).

² Jacinto Benavente leyó en valenciano los versos finales del segundo acto, que el periodista y dramaturgo Eduard Buil había traducido (*El Mercantil Valenciano*, 17-X-1936).

³ La noticia difiere del testimonio de Jacinto Benavente: “Dormí seis o siete noches en el suelo. Comparecí ante un tribunal revolucionario que, por atención a mis años (así dijeron), me dejó en libertad, no sin protestas de algunos de sus componentes” (Montero Alonso 286).

⁴ Jacinto Benavente agradeció el nombramiento: “No por haberme nombrado hijo adoptivo suyo, no por los homenajes y las fiestas que en tantas ocasiones me ha ofrecido Valencia, generosa para demostrar su cariño y admiración, me considero tan unido a ella, tan suyo para siempre, como por haber compartido durante estos años, de perdurable memoria en la Historia, inquietudes, temores y peligros: que no fortalece tanto los afectos y nada une tanto los corazones como las tristezas compartidas, y más cuando, por ser tristezas de patria, son tristezas de todos” (Collado 499).

⁵ Otro bulo divulgado por la prensa provinciana: “Jacinto Benavente, el conocido dramaturgo que últimamente se había vuelto marxista, ha sido detenido por negarse a cotizar para el Socorro Rojo Internacional y hacer manifestaciones contrarias al régimen marxista” (*El Avisador Numantino*, 3-XI-1937). El bulo contrasta con la siguiente nota de ABC: “El Comité Ejecutivo de Socorro Rojo de España comunica que cuenta con la intervención de Jacinto Benavente en la Conferencia Nacional de la Solidaridad que se celebrará el 1 y 2 de noviembre” (25-X-1938).

⁶ Luis Horno Liria afirma: “Don Jacinto Benavente, en su vida y en su obra, fue la contradicción misma. En su larguísimo vivir defendió todos los puntos de vista imaginables, todos esos mismos puntos de vista que días, meses, años después, habían de ser por él mismo atacados con agudeza” (1955:34). La posible respuesta del comediógrafo la encontramos en la biografía de Montero Alonso: “Si de mis obras hubiera de extraerse un ideario, pronto se advertiría la línea recta si no de mi pensamiento –soy

el primero en reconocerlo— sí de mis sentimientos” (99).

⁷ El argentino Raúl González Muñón señala que, tras finalizar la guerra en Valencia, Jacinto Benavente pasó unos días en la cárcel de Zaragoza (*España Democrática*, 29-V-1940). El dato del periodista y literato antifascista tal vez sea falso, pero sorprende el silencio del dramaturgo acerca de lo sucedido después del abrazo en el balcón del ayuntamiento valenciano.

⁸ En la prensa del exilio se publicó que Jacinto Benavente permanecía recluido en su domicilio: “Y no es extraño ver cómo el notable filólogo Ramón Menéndez Pidal, Jacinto Benavente y otros se les mantiene encerrados en sus domicilios como si se quisiera evitar no sólo la irradiación de sus pensamientos, sino aun más, el contacto personal, como si se tratase de enfermos contagiosos sometidos a un aislamiento previsor” (*España Popular*, 11-III-1940). La información se repitió en la edición del 30 de abril de 1940.

⁹ “Lamento que mis años, mi salud y las circunstancias en que ahora vivo me impidan escribir nuevas obras que requieren mayor tranquilidad y otros medios de los que ahora dispongo. Mi edad es ya de jubilación. Escritores jóvenes hay que pueden y deben sostener y realzar nuestro teatro. Mi tiempo ha pasado ya” (*ABC*, 26-III-1938). La petición de nuevas obras vino a menudo de los sectores anarquistas. Sin embargo, los marxistas como Jorge Perales desconfiaron: “Don Jacinto podrá hacer todos los favores que ustedes quieran, menos un teatro dramático digno de la epopeya española” (*La Hora*, 31-XII-1937).

¹⁰ La mayoría de estos artículos aparece en el volumen IX de las *Obras completas*. La edición oculta las referencias bibliográficas de los publicados durante la guerra en revistas o periódicos del bando republicano o no los incluye en la edición.